



EL ASNO PERDIDO Y ENCONTRADO.

Luis, duque de Thuringe, esposo de Santa Isabel de Hungría, era piadoso y bueno como ella; no consentía que se causase la más leve molestia al pobre, y siempre tomaba ardientemente la defensa de los débiles y los oprimidos.

Un día que había ido á la feria de Eisenach, pueblo que le pertenecía, entreteníase en mirar las tiendas y los puestos de los mercaderes; allí vió un pobre vendedor que tenía una mesilla con algunas baratijas de poco valor, como agujas, dedales, figuritas de plomo, sortijas de metal y otras cosas de menos importancia todavía.

El duque le preguntó si tan insignificante comercio le daba lo suficiente para vivir.

—¡Ay! monseñor, exclamó el mísero vendedor, mis ganancias son tan cortas que no sé de nadie que pase tantos apuros y tantos trabajos como yo paso; pero prefiero esto á pasar por la vergüenza de mendigar, toda vez que ya no tengo fuerzas para ganar un jornal como obrero trabajando en las construcciones que se hacen en el pueblo.

Sin embargo, si pudiera ir sin riesgo de un pueblo á otro, conseguiría acaso con la gracia de Dios, ganar más holgadamente la vida con mi insignificante comercio y hacer algunas compras para aumentar mi surtido de baratijas. Pero en estos tiempos, gran señor, hay en Alemania tan poca vigilancia, un abandono tal, que no puede uno aventurarse en los caminos sin peligro de ser robado y asesinado.

El piadoso duque, compadecido del infeliz, le dijo:

—Pues bien, yo te daré mi salvoconducto, y te garantizo que nada desagradable te sucederá en mis dominios; fuera de ellos, muy temerario sería quien se atreviera á detenerte si le muestras mi salvo-conducto, que acreditará que estás bajo mi protección. ¿En cuánto estimas tu mercancía?

—En cuarenta francos, respondió el vendedor.

—Pues dad á este hombre cuarenta francos, dijo el duque á su tesorero, que le acompañaba, y haced que se le expida un salvo-conducto con el sello de mis armas.

Y dirigiéndose al vendedor, añadió:

—Esos cuarenta francos que te doy significan que yo también me dedico al comercio en sociedad contigo, y poniendo un capital igual al tuyo, con el cual tengo derecho desde ahora á la mitad de las ganancias. Espero que seas fiel compañero y buen gerente de los intereses de la sociedad.

El pobre vendedor estaba loco de alegría al verse tan repentinamente favorecido de la suerte, y se puso en camino con gran confianza.

Pasado un año, el vendedor fué á buscar á su noble socio, que se hallaba en el castillo de Warthurgo, y le hizo ver su mercancía considerablemente aumentada. El duque tomó algunas baratijas, que regaló á sus criados, y dió á su socio una cantidad igual al valor de los objetos que había tomado.

Cada primero de año, el vendedor iba á dar cuenta al príncipe del aumento de su capital, y llegó á ser tan considerable el comercio, que ya no podía llevar al hombre el cajón y tuvo que comprar un borrico que le llevase la carga, demasiado pesada para una persona.

Sucedió que á fines del año 1225 el vendedor fué á Venecia, donde compró muchos objetos de valor, como sortijas, brazaletes, camafeos y alfileres de pecho para las mujeres, coronas y diademas; copas de plata, espejos, cuchillos, collares etc., etc. Y al volver precipitadamente para hallarse en Warthurgo en principios del año como de costumbre, pasó por la ciudad de Wurtzburgo, que estaba entonces gobernada por un príncipe que no tenía muy buena reputación de justiciero.

Allí expuso su mercancía, y mucha gente fué á ver su muestrario, donde

había infinidad de cosas bonitas, propias para regalar á las jóvenes; pero todos hallaban caros los objetos que vendía el buen hombre, que en vano les quería persuadir de que lo que es bueno tiene que ser caro naturalmente. Vendió muy poco, y pronto recogió sus bártulos y continuó su camino; pero no había andado mucho cuando salieron contra él no pocos de los mismos que en la ciudad habían ido á ver su muestrario, y le quitaron el borrico y toda su mercancía.

Mostraba el hombre el salvo-conducto del duque de Thuringe, pero los ladrones se reían de él, diciéndole que aquel documento solo tenía valor en los dominios del duque.

Amenazóles con ir á quejarse al príncipe de aquella ciudad, pero todavía se rieron de él con más gana al oír esta amenaza, porque el príncipe era muy indulgente con ellos y estaban completamente seguros de la impunidad.

El infeliz no insistió en sus quejas temeroso de perder la vida á manos de aquellos desalmados, y corrió á contar su desgracia al digno esposo de Santa Isabel de Hungría.

—Querido socio, le dijo éste, riéndose, no te ponga en cuidado la pérdida de nuestra mercancía y déjame á mí el de buscarla.

Seguidamente convocó á los grandes, á los hidalgos, á los guerreros de su pueblo, y salió con ellos á campaña.

Atravesó con el mayor orden todo el país que separaba su territorio del de Wurtzburgo, pero cuando llegó á éste comenzó á destruirlo todo, entrándose con su ejército por los sembrados, registrando todas las casas y atropellándolo todo.

—Hemos perdido un borrico, decia él y repetian todos sus caballeros, y venimos á buscarlo.

El príncipe que reinaba en Wurtzburgo, espantado de aquella invasion, le envió á preguntar que significaba semejante conducta.

—Busco, dijo el duque, un asno que me pertenece y que me han robado los súbditos del príncipe y lo buscaré hasta que lo encuentre.

Con esto, el príncipe temeroso, hizo restituir el borrico y la mercancía, y el noble duque volvió á sus estados, lleno de gozo, siendo recibido con entusiasmo por el pueblo que veia en él un soberano siempre dispuesto á morir por la justicia y por el bienestar del pobre.

MONTALEMBERT.

LA BENDICION FILIAL.

Me diste, Dios santo,
Un padre, ¡y cuán bueno!
Aunque lo son todos,
El mio en extremo.

Me diste una madre
¡De afecto tan tierno!
Aunque lo son todas,
La mia es modelo.

Nací, y diz que el llanto
Me inundó paterno,
De gozo inefable
Preciado venero.

Nací, y de mi madre
Me hallé junto al seno,
Abrigo y amores
Y vida bebiendo.

Crecí y me colmaron
De dichas y besos;
Crecí y sus lecciones
Reglaron mi juego.

Si dócil, ¡qué afables!
Si indócil, ¡qué rectos!
Si sano ¡qué alegres!
¡Cuán tristes, si enfermo!

El pan que á mis labios
De improviso llevo,
La fruta que como
Y el agua que bebo,

Ellos los ganaron
Sudando y gimiendo,
Y no los probaban;
Me los dieron ellos.

¿Qué dar á mis padres?

¡Qué darles yo puedo!
Es poco tesoros
De amor y respeto,

¿Qué hay más, ahí arriba,
Dios mio, en tus cielos?
¿Qué hay más, si lo pido
Con lábio sincero?

Tu prósida mano,
Tu rostro sereno,
Tu poder, Dios mio,
Tu poder excelso:

Tu gracia divina,
Raudal de consuelos,
Tu gracia, que otorga
Los gozos sin precio.

Héme, pues, de hinojos
En el duro suelo,
Alzadas las manos
Hácia el firmamento;

Y á tí, que á los hijos
Pusiste precepto
De *honrar padre y madre*
Si vida queremos,

A tí elevo humilde
Mis votos más tiernos
Por esos dos seres
Que al sér me trajeron:

Que tú los ampires
Te pide mi acento;
Que tú los bendigas
Por mí, Dios Eterno.

JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

TREMENDA REVOLUCION.



El maestro está enfermo, y ha encargado de la escuela á uno de los niños más adelantados; pero los muchachos no le obedecen á pretexto de que es uno de ellos el maestro interino, y de las palabras han pasado á las obras, dándole unos cuantos mojicones, con lo cual el representante del maestro se ha visto precisado á abandonar su puesto para evitar mayores males.

Y ahí tienen Vds. la anarquía más espantosa en la escuela. Todos quieren hacer de maestro, todos alborotan y dicen mil desatinos, todo lo destrozan, remedan al profesor, truenan contra su autoridad, deciden romper y arrojar á la calle las disciplinas con las que el maestro les asustaba, porque nunca llegó á emplearlas de otra manera, y proclaman, en fin, la holganza como sistema mucho más cómodo que el estudio.

Pero ya se está vistiendo el maestro, aunque enfermo, y saldrá pronto á poner orden en su escuela, y ahora si que se verá precisado á usar las disciplinas para hacer sentir á los rebeldes toda la fuerza de su necesaria autoridad.

LAS ESTRELLAS ANIMADAS.

TRADUCCION DE J. ZÁRRAGA.

(CONTINUACION.)

III.

EL GENIO DE LA NOCHE.

Como ya os dicho en el capítulo precedente, Pedro Simon estaba desesperado; iba á marcharse á su dormitorio, cuando oyó á sus espaldas un suspiro ahogado. Hizo un movimiento de terror y se apresuró á huir, pero oyó una voz dulce y melodiosa que le dijo: «Pedro Simon, velad, la noche está hermosa y no teneis gana de dormir.»

Volvió la vista, y se encontró con un anciano que le miraba sonriendo.

Cuando el anciano llegó donde estaba Pedro Simon, le puso la mano sobre la espalda; el niño tuvo miedo: el anciano lo conoció y le dijo.

—Pedro Simon, ¿tienes miedo?

—No: dijo el niño recobrando su sangre fria.

—Tienes razon, conmigo no se debe tener miedo; yo no he hecho jamás daño á nadie, yo soy el protector de los niños estudiosos y como sé que tú tienes mucha aptitud para el estudio, y que tu deseo es llegar á ser un gran hombre, con el fin de enriquecer la ciencia con tus sábias investigaciones, quiero que seas uno de mis amigos.

El niño apretó con ternura la mano del anciano.

—Escúchame, Pedro Simon; cuando quieras instruirte, no lo hagas á espensas de otro; en ninguna circunstancia de la vida se debe tomar como pretesto una mala accion.

Pedro Simon miró á su nuevo amigo, sorprendido.

El anciano recogió el tubo que Pedro Simon habia dejado caer, quitó los cristales y lo arrojó.

—Toma, le dijo, entregándole los cristales, devuelve eso al hermano Nepomuceno, y acuérdate de que un robo, por pequeño que sea, no tiene excusa á los ojos de Dios.

El niño se puso colorado y guardó los cristales en su bolsillo, prometiendo enmendarse y devolver al hermano Nepomuceno los cristales ántes que notara su falta.

—Ahora, dijo el anciano, vamos á ocuparnos de lo que te trae al terrado, pero ántes quiero que sepas quien soy, porque esta es la primera vez que me ves en el Seminario.

Pedro Simon hizo un signo de asentimiento.

—Yo me llamo, Jeozab, que quiere decir en la lengua del país que yo habito, *el Génio de la noche*. Hay dos clases de Génios, añadió tomando un sorbo de tabaco, que hizo estornudar á Pedro Simon: los buenos y los malos, Yo soy de los buenos, yo soy el Génio de la ciencia; mi familia son todos los hombres de buen corazon, de instintos generosos, y los que como tú reconocen que Dios es grande en sus obras y sublime en sus acciones.

Pedro Simon, dominado por las palabras de Jeozab, no se atrevia á levantar los ojos, Jeozab le cogió la mano.

—Pedro Simon, tu eres mi hijo, como serás un día el hijo de tus obras: ¡levanta los ojos y mira!

Después de un momento de silencio, le dijo Jeozab:—¿Qué ves, Pedro Simon?

—Yo no sé, yo no puedo decirlo: veo círculos luminosos que se mueven en lo infinito. Yo veo un vacío sin horizonte, un espacio sin fin, en que mi vista no puede distinguir el fondo.

—Pedro Simon, dijo Jeozab; lo que tu ves es un camino cuyo fin es Dios.

—¿Y podría yo verle? dijo el niño.

—No: Dios se siente, pero no se le ve jamás.

El niño suspiró.

—Despachemos, dijo Jeozab; la hora se acerca, el Padre Theodulo ha creído oír tocar á maitines y puede muy bien despertarse y correr al dormitorio y notar tu falta.

—Despachemos entonces, señor.

—Yo no soy señor, yo soy para tí Jeozab, ¿me entiendes?

—Sí, Jeozab, respondió el niño.

—Ven conmigo, dijo el anciano, tomando á Pedro Simon en sus brazos.

Pedro Simon se sintió trasportar á través de los aires; tembló un instante, pero el deseo de conocer la historia de las estrellas, hizo desaparecer su temor.

Jeozab hizo se aproximase una nubecilla, é invito al joven alumno á sentarse, Pedro Simon, que se sentía fatigado, se echó en la nube, que le recibió como si fuera un colchon de muelles.

—Préstame atención, dijo Jeozab; voy á contarte la historia de esta estrella ó planeta que los sabios llaman Venus.

Jeozab empezó, como vereis en el capítulo siguiente.

IV.

LA REINA DE LAS ESTRELLAS.

—¿Ves tu aquella estrella, dijo el anciano, que varia de colores á cada momento?

Pedro Simon puso las manos sobre los ojos á fin de poder distinguirla; porque la luz de las otras estrellas era tan intensa que le fatigaba la vista. Viendo esto, Jeozab pronunció algunas palabras inteligibles, y de repente las estrellas se convirtieron en nebulosas.

—Yo veo, dijo Pedro Simon, una bola luminosa cuyos bellos colores se parecen á los del arco iris.

—Es Venus, que toma sus colores y su luz del sol, del cual dista 25.144.166 leguas. Su distancia de la tierra es de 34 millones de leguas. Escucha su historia.

Pedro Simon puso toda su atención en lo que iba á contar Jeozab.

—Dios había criado las estrellas para alumbrar el camino que las almas debían seguir para ganar el cielo. Venus, por su forma y por su color, podía muy bien ser considerada como la reina del Olimpo azul; pero las otras estrellas tenían que reconocer la superioridad de Venus.

Esta, que tenía un orgullo excesivo y una coqueteria sin límites, y para darte una prueba de ello te diré que los geógrafos la representan con un espejo en la mano, creyó que había sido creada para mandar á las otras estrellas.

Cuando el orgullo se apodera de una estrella, todas sus buenas cualidades desaparecen.

Mientras que Venus reflexionaba los medios de extender su dominio sobre las otras estrellas, acertó á pasar un

cometa revoltoso, como lo son todos los cometas, que saltaba en el espacio arrojando mil fuegos de su dorada cabellera.

Su nombre era Diana: jamás cometa más bello había aparecido á los ojos del mundo; parecía desafiar á la carrera á cuantos cometas había puesto Dios en el cielo. Figúrate, Pedro Simon, un cervatillo corriendo caprichosamente por una inmensa pradera, y tendrás una idea, aunque poco exacta, de la juguetona Diana.

Venus vió á Diana con placer, porque algunos centenares de años ántes, cuando el cometa acababa de venir al mundo, perdió el camino que debía seguir. Venus, buena y complaciente, aparte de sus defectos, tuvo piedad de Diana y la enseñó su camino. Diana debió estimar mucho su encuentro con Venus, porque la pobre loca iba á meterse en la órbita abrasadora de Mercurio, como si hubiese querido calentarse en este astro incandescente.

—Perdon, Jeozab. ¿Qué quiere decir incandescente?

—Quiere decir, enrojecido por el fuego.

—¿Pero cómo Mercurio puede estar tan abrasador, estando á más de 6 millones de leguas del sol.?

—Considera que 6 millones no son nada comparados con la extensión del sol, que tiene 1.384.460 veces más extensión que la tierra. Hoy día, Mercurio está á 13.456.246 leguas del sol.

—¿Entonces se ha alejado?

—Sí; Mercurio, que llegaba de una comarca helada, había sentido necesidad de calentarse, y como hacen los niños, que después de andar entre nieve van á arrimarse á la chimenea, Mercurio se aproximó tanto al sol, que se le enrojeció la piel; esta es la razón

porque este planeta tiene un color sonrosado.

—¿Y porqué Mercurio no ha vuelto á las regiones heladas?

—Ya lo sabrás en el curso de la historia de la reina de las Estrellas.

—Perdonad mis interrupciones, Jeozab; pero yo deseo conocer las causas cuando veo los efectos.

Jeozab dió dos golpecitos á su nuevo amigo en la mejilla.

—Volvamos ahora al cometa Diana.

V.

UNA CONSPIRACION DE ESTRELLAS.

Hé aquí la conversacion que Venus tuvo con Diana.

—Buenos días, querida hermana, dijo Diana á Venus, que se miraba en un espejo, al lado del cual el mar Mediterráneo sería lo que un espejo de bolsillo al lado de un espejo de salón.

—Buenos días, contestó Venus, sin volverse, tanta era su preocupacion. ¿De dónde vienes, qué has hecho, qué has visto?

—Permitidme, querida hermana, dijo Diana, yo no puedo contestaros á todo á la vez, y haríais mejor en informaros de mi salud.

Venus sonrió y dejó su espejo.

—Es verdad, dijo, pero viendo tus colores, sería ocioso preguntar si estás mala.

—Reina de las estrellas, dijo Diana, yo tengo muchas cosas que contaros, pero veo que no teneis tiempo de oirme.

—Mi querida Diana, dime todo lo que sepas y sé breve, porque no puedo disponer más que de algunos instantes; mi pensamiento encierra un gran proyecto.

(Se continuará.)

DESPUES DE LA BATALLA.



Ha pasado el momento de la lucha:
silencio horrible cunde por doquier:
sólo del moribundo el ¡ay! se escucha
que atestigua su triste padecer.

La blanca nieve cubre el campamento,
la noche oscura descendiendo va:
ambas sepultan en suplicio lento
al pobre herido que espirando está.

Con sus dolores, al luchar, acerbos,
los combatientes llenos de temor
oyen batir las alas á los cuervos,
á un festin preparándose de horror.

Ó de las fieras que al rugir furiosas
se adelantan, rompiendo entre el jaral,
las pisadas escuchan presurosas

para llegar al campo sepulcral.

Y sombrío, en silencio y vigilante
sin aguardar humana salvacion,
levántase un soldado vacilante
por defender, muriendo, su cañon;

Y abrigo dando á un jóven compañero,
falto de fuerzas, próximo á morir,
tal vez espera al tigre carnicero
cuando cercano escucha su rugir...

Y el tiempo sigue su camino lento;
la noche oscura descendiendo va;
la blanca nieve cubre el campamento...
¡ay, del soldado que espirando está!

M. OSSORIO Y BERNARD.



Lllaman á esta donosa criatura la *niña del perro*, porque siempre lo tiene en brazos y le besa y acaricia con un extremo, que ya es digno de censura.

A los animalitos se les debe querer y cuidar, pero no acariciarlos con tanto amor como si se tratara de seres racionales.

LA HISTORIA DE ESPAÑA.

(CONTINUACION.)

XV.

DOMINACION VISIGODA.

Los reinados de Turismundo y de Teodorico, abundaron igualmente en acontecimientos guerreros que impidieron á los españoles dedicarse á las faenas agrícolas, que eran las que entónces debían hacer prosperar más su patria. Su sucesor Eurico fué el primero que concibió el proyecto de despojar á los romanos y suevos de todo lo que aun poseían en España, y fijar los límites de su imperio en la Galia narbonense. Apoderóse, en efecto, de los territorios que no le obedecían; pero era su hijo Alarico quien debía señalar los límites definitivos del imperio godo. Fué, sin embargo, Eurico el primero que compiló las leyes góticas que regían entónces, formando la célebre colección conocida con el nombre de *Fuero Juzgo*.

Al suceder en el trono Alarico, tuvo que estrenar también su reinado guerreando con los francos, pero no fueron de larga duración tales disturbios, pudiendo dedicarse al fin á gobernar en paz su reino. Para lograrlo debidamente encargó Alarico al famoso jurisconsulto Aniano la formación de un código, ó mejor dicho, la recopilación de las leyes romanas, principalmente del código Teodoriano, que según unos le redactó el conde Goyarico, refrendándole sólo Aniano por su ministro ó canciller del reino, y según otros fué aprobado por una asamblea de prelados y de próceres. Este código tuvo entónces grande interés para los súb-

ditos godos; pues aunque producto del sistema de legislación personal, era claro, conciso, y fijaba con orden la administración de justicia.

Desasosegados fueron los reinados subsiguientes de Jesalico y Amalarico para los españoles. Solo Teudis, sucesor de este último, logró dar la paz á todo el reino, y contentos con su paternal cuidado, comenzaban los pueblos á ser felices. Pero los indomables francos, que cifraban toda su dicha en el combate y en acrecentar sus tesoros por medio de sus correrías guerreras, no podían ver con indiferencia la tranquilidad y riqueza de que gozaba España. Los dos hermanos Childeberto, rey de París, y Clotario, que lo era de Soissons movieron contra Teudis sus armas, al parecer sin motivo alguno, más que el que da de sí la ambición. Si hemos de creer á Mariana, tornaron á hacer guerra á nuestra patria, por no estar del todo satisfechos con la venganza pasada, cuando las desavenencias entre su hermana Clotilde y el anterior rey de los godos, Amalarico; pero á nosotros nos parece ya borrada aquella ofensa con el trascurso de once años, y demasiado ligero el pretexto para acarrear al pueblo godo los trastornos que tan á menudo afligian á todas las naciones en aquella época. Cualquiera que fuese, sin embargo, la razón que moviera á Childeberto y á Clotario para declarar á Teudis la guerra bien fuese razón cierta ó fingida, puesto que no consta en la historia, lo cierto es que pasaron los Pirineos al frente de un crecido ejército, intimidando cuan-

tas poblaciones hallaban al paso con el estruendo de las armas y sus aparatos bélicos. Apenas resonaron en la Península los pavorosos pasos de los guerreros francos, cuando ya habían caído en su poder Pamplona, Calahorra y varias otras ciudades. Con forzadas marchas llegaron delante de los muros de Cesaraugusta, después de dejar á sus espaldas una huella sangrienta y devastadora. Abandonados á sus propias fuerzas los habitantes de aquella ciudad, resistían el cerco, que arreciaban cada vez más y más los francos, hasta que careciendo de todo socorro humano, recurrieron con santa fé al divino, que influyó de la manera que cuenta un historiador de aquella época con las siguientes palabras:

«Imploraron los sitiados con tanta humildad el socorro de Dios, que ceñidos de cilicios, haciendo rigurosos ayunos, llevaron cantando la túnica de San Vicente mártir al rededor de los muros de la ciudad; y las mujeres, vestidas de negro, suelto el cabello y cubierta la cabeza de ceniza, seguían llorando como si asistieran al entierro de sus maridos. Así colocaban toda su esperanza en la misericordia de Dios, que podía decirse se celebraba allí el ayuno de los ninivitas: ni se pensaba que pudiese hacerse otra cosa si no se alcanzaba con sus plegarias la divina clemencia. Mas los sitiadores, ignorando lo que hacían los sitiados, al ver que de esta manera rodeaban los muros, juzgaban que estaban haciendo algún maleficio. Entónces, habiendo cogido á un labrador de la ciudad, le preguntaron: ¿Qué es esto que están haciendo? Aquel responde: Llevan la túnica de San Vicente, y con la misma ruegan que Dios se compadezca de ellos. Temerosos de esto los francos,

continúa Gregorio de Tours, se apartaron de dicha ciudad.»

Retirábanse sosegadamente los francos, cargados de despojos, bien ajenos de la fatal sorpresa que les aguardaba ántes de entrar en su pátria. Teudis había reunido sus tropas, y puestas al mando del general Teudiselo, las colocó á la entrada de los desfiladeros y gargantas de los Pirineos, en el sitio mismo por donde debían pasar con sus soldados Childeberto y Clotario. Comenzaron éstos á penetrar descuidados; más apareciendo de repente los godos, les impidieron y cerraron todos los pasos. Difícil era ya la retirada entre breñas desconocidas, peligrosa, con el enemigo á las espaldas, y hácia un país que ellos mismos acababan de dejar exhausto de provisiones y forrages. Los campos talados, los caseríos entregados á las llamas, mal podían abrigar á un ejército numeroso, si los francos no hubieran preferido abrirse paso con espada en mano. Tomaron con desesperación este último partido, y concentrando sus fuerzas, acometieron con gran valor á los godos, con el valor que exige una posición aventurada, cual era aquella en qué, rodeados por todas partes de elevadas peñas y de enemigos decididos á acabar con ellos, debían ó vencer ó quedar aniquilados. La resistencia que hallaron en los godos, casi desmentía la paz de que gozaban poco ántes; pues no parecían los godos enervados de Alarico, sino muy al contrario, guerreros animosos y resueltos á defender el terreno á palmas hasta lograr, si ser pudiese, no regresara ni uno solo de aquellos francos á las Galias. Conocieron Childeberto y Clotario cuán crítica era su situación; por lo cual cesaron en la pelea, y ofrecieron á Teudiselo una

grande suma de dinero si les permitia pasar los Pirineos sanos y salvos. Aceptó Teudiselo la oferta con la condicion de que habian de pasar en un solo dia con una sola noche, y entregada la cantidad pactada, abrieron paso los godos, y comenzaron los francos á trasmontar aquellas escabrosas cumbres rodeadas de precipicios y barrancos. Las estrecheces eran grandes, dice un historiador antiguo, el tiempo breve, y como todos querian gozar de él, les detenia su misma muchedumbre. Los dos reyes franceses habian pasado á la cabeza de sus soldados; siguieron éstos sin orden ni concierto alguno, agolpándose y haciendo ya casi imposible el paso, con lo cual el término concedido iba tocando á su fin, y quedaban todavia multitud de ellos para internarse en las Galias. Llegó por último aquél, y entónces, arremetiendo los godos con-

tra los miserables francos que no habian tenido tiempo de pasar, les degollaron inhumanamente, cabiendo igual suerte á cuantos encontraron rezagados por entre aquellas breñas. La matanza fué grande; la pérdida por parte de los godos casi ninguna. Con el logro de tamaña victoria dió por bien empleados el monarca godo los estragos que acababan de cometer los francos en la Península, y escarmentados éstos con tan vergonzoso descalabro, no pensaron ya más por entonces en asestar sus tiros contra el reino gótico, pudiendo por lo mismo Teudis realizar sus miras de engrandecimiento y poderío, sin temor de ninguna nueva irrupcion por aquella parte. — A esta guerra, segun dice Mariana, se siguió por espacio de dos años una mortifera peste, de la cual perecieron en España innumerables hombres.

FLORENCIO JANER.

LAS METAMÓRFOSIS DE UN REY.

(CONTINUACION.)

La hermosa jóven y sus niños salieron á escucharle, y no se cansaban de admirar la dulzura de su canto y la inteligente gratitud con que sabia responder al favor recibido.

—Ese pajarito os enseña á ser tiernos y agradecidos, decia la mamá á sus niños; y al disfrutar del placer que sus cánticos os proporcionan, podeis tambien apreciar los fecundos resultados de una buena accion. Si nos hubiéramos obstinado en tenerle prisionero, á estas horas el pobre ruiseñor

habria muerto y no gozaríamos del dulce solaz de escuchar sus canciones.

Aquella noche la pasó el ruiseñor en el jardin; por la mañana quiso recorrer los campos vecinos y lanzóse alegre y gozoso á las más elevadas regiones del aire. De pronto oyó un áspero chillido y vió á corta distancia un gavilan, que furioso se dirigia hácia él para hacerle pasto de sus sangrientas garras. Huyó el ruiseñor precipitadamente, pero por más que el

miedo redoblaba sus bríos, sentía con espanto que la distancia entre él y su perseguidor iba cada vez estrechándose: oía á sus espaldas el roce de las poderosas alas de su enemigo y el grito de victoria que este lanzaba ya seguro de su presa, que indudablemente no podría escapar.

—¡Ah! si yo fuera un águila real, pensó el pobre ruiseñor, yo humillaría tu soberbia, sanguinario gabilan.

Y apenas habia formulado este pensamiento, sintió su cuerpo crecer, sus alas se estendieron fuertes y poderosas y hallóse convertido en águila altanera. Giró entonces magestuosamente, hizo frente al sorprendido gabilan, y abriendo el corbo pico lanzóse sobre él. Su enemigo arrojó entonces un grito de espanto, agachóse de repente para dejar pasar al águila victoriosa, y de perseguidor convertirse en perseguido.

Seguia el gabilan descendiendo y el águila girando magestuosamente, descendía también gozándose en la humillación de su contrario. Persiguióle un breve espacio, y desdeñando después una victoria tan fácil, dió al gabilan un aletazo de desprecio, lanzó un grito áspero y se remontó á las nubes.

—Está visto, pensaba el águila para sus adentros, la existencia del ser inocente y débil está por todas partes rodeada de peligros, como he podido experimentar en los pocos días que he sido ruiseñor. Pero hoy que convertido en águila soy fuerte y poderoso, espero ser feliz y de todos respetado. Si al débil todos le oprimen y le desprecian, al fuerte todos le temen y le adulan.

Ensoberbecida con esta idea el águila, siguió su rauda navegación por los espacios más elevados, llegando hasta

dominar las nubes. Llegó á una altísima y áspera cordillera, en cuya cumbre inaccesible reinaba la más profunda soledad: allí, en un picacho escueto, á cuyo pié se cernían las nubes, resolvió fijar su residencia. Detúvose y sobre aquel elevadísimo pedestal dejó caer una mirada desdeñosa sobre los costados de la montaña y la superficie de la tierra, ¡Qué pequeño y qué mezquino le pareció todo lo que sus ojos abarcaban! Filosóficas consideraciones, ajenas á un ave de rapiña, le ocuparon largo espacio de tiempo. Sin embargo, aquella soledad agreste y salvaje, aquella falta de movimiento y alegría, aquella monótona y silenciosa magestad que le rodeaba, le pareció triste en demasía. Ningun sér viviente habia osado llegar á su imponente residencia, el silencio no era interrumpido por el más leve rumor. Acordóse maquinalmente de la época en que fué rey y á su imaginación acudieron amargos pensamientos.

—Imponente y magestosa, decía, es la grandeza del poderoso, pero el aislamiento que le rodea le priva de sentir los más dulces afectos y le envuelve en una atmósfera de tristeza capaz de desalentar al más valeroso y de engendrar el hastío. Soy la reina de las aves: ninguna será capaz de resistirme, pero todas huirán de mi encuentro temerosas de mi poderío. A mis oídos no llegan sus cánticos, que no pueden elevarse hasta aquí: en torno mio no germinan las flores, que estos estériles peñascales no pueden alimentar y que troncharían los huracanes que en estas alturas rebraman, si acaso las grietas de las rocas las consintieran nacer. Triste es la magestad que me rodea.

Pasaron las horas, y el águila sintió

el exigente grito del hambre que á ningun viviente sujeta. Su instinto le pedia carne palpitante como único manjar digno de su noble magestad. Para proporcionarse el sustento, necesitaba derramar sangre: sólo á costa de otras vidas podrá alimentar la suya. Como ántes de ser águila habia sido príncipe filósofo, le repugnaba la idea de tener que cebarse en seres que no le habian ofendido. El hambre luchaba, sin embargo, á brazo partido con la filosofía, y le ofreció una transaccion.

—Ya que sea forzoso para alimentar mi vida sacrificar la de otro ser animado, ¡triste necesidad por cierto! no quiero hacer víctima de mis garras á ningun ser inocente: buscaré algun animal cruel que se haya alimentado tambien con la sangre de otro más débil: una vez que debo ser verdugo, quiero buscar mi víctima entre los verdugos.

De esta manera transigieron el egoismo y la filosofía. Hendió los aires el águila altanera, y lanzóse desde las cumbres á los valles. Por fin creyó encontrar lo que buscaba: un gato montés, oculto entre unas matas, acababa de arrojarse de improviso sobre un descuidado conejo; le habia aprisionado entre sus uñas y principiaba á devorarlo con los agudos dientes, que chorreaban sangre inocente. Lo vió el águila desde la altura, y rápida como una flecha cayó sobre el gato montés, que sorprendido al pronto, tendióse luego en el suelo presentando al enemigo desembarazadas sus aceradas uñas y sus dientes agudos. Enardecióse el águila con la resistencia, tendió su poderosa garra, y sujetando al gato por la mitad del cuerpo, trabó con él una porfiada lu-

cha, asestándole terribles golpes con el corvo y acerado pico. Defendióse el gato desesperado, clavando sus uñas en el escamoso pié de su adversario; la batalla fué reñida pero breve, y terminó con la muerte del gato montés, que mientras conservó un soplo de aliento procuró hacer daño á su vencedor.

Una vez muerto el enemigo, sólo pensó el águila en saciar el hambre, y hundió su pico en el palpitante cadáver de la fiera sacrificada á sus iras. Tan absorta se hallaba en las delicias de su improvisado festin, que no observó que á través del monte avanzaba cautelosamente un cazador con su morral á la espalda y su escopeta al brazo: aproximóse á cierta distancia sin ser visto, sonó una detonacion y el águila se sintió herida en un ala. Irritada levantó la cabeza, quiso alzar el vuelo para arrojarse sobre su enemigo y no le fué posible; una de sus alas estaba quebrada. Adelantóse rápido el cazador, y levantando la culata de su escopeta se preparó á descargar sobre el águila un golpe terrible: con un salto vigoroso evitó el ave de rapiña el golpe, que, dando sobre una piedra, hizo pedazos la escopeta. Entonces, rabiosa el águila, sin dar tiempo á que su enemigo se repusiera, lanzóse sobre él, y con un enérgico aletazo y el empuje de su cuerpo, le hizo perder tierra y caer de rodillas en el suelo. Con las terribles garras y el acerado pico envistió la reina de las aves al cazador, clavándole las uñas en el pecho: defendíase el hombre desesperado y buscaba en su cinto el cuchillo de monte; y mientras tanto con la otra mano asía del cuello á su valeroso adversario.

Tal vez la lucha hubiera tenido un funesto desenlace para el cazador, si

dos compañeros de éste que le seguían por el monte no hubieran llegado en aquel instante y no se hubiesen arrojado sobre el águila, que herida y luchando con tres enemigos tan robustos, no tenía más remedio que sucumbir. Por su fortuna la serenidad no le abandonó en tales momentos, y acordándose de que podía trasfigurarse á su gusto, halló el medio de burlarse de sus enemigos trasformándose de repente en un pequeño grillo, que se escurrió de entre sus manos, y dando saltos se ocultó tras de una mata de yerba, sin que los cazadores acertaran á darse cuenta de lo que les pasaba ni de qué manera se había evaporado el águila.

Reíase el grillo de su asombro, y protegido por su pequeñez contra la ira de los tres cazadores, los vió en medio del terror que los embargaba huir despavoridos, en la creencia, sin duda, de que habían luchado con el mismo diablo en figura de águila.

Si no hubiera sido por el dolor del ala que tenía rota y que le molestaba bastante, el príncipe Claudino se habría considerado tranquilo y gozoso en su nueva apariencia de grillo.

—En cuanto tenga el ala curada sí que voy á disfrutar una existencia sosegada y alegre en esta humilde forma, decía. El pequeño y humilde pasa desapercibido á la vista de toda clase de enemigos. Oculto entre la frondosa yerba que me ofrece abundantísimo pasto, pasaré los días y las noches cantando alegremente y me guareceré de la intemperie en cualquier agujero hecho á flor de tierra. La soberbia del poderoso le suscita de continuo innumerables enemigos: el que á cuchillo mata á hierro muere, y si yo, convertido en águila altanera pude fácilmente

triunfar del gato montés, la Providencia quiso humillarme entregándome á la mano vengadora de los tres cazadores. Convertido ahora en humilde grillo, me veré libre de toda persecución. ¿Quién se ha de acordar de mí?

Gozoso entre la verde yerba pasó algunos días ni envidioso ni envidiado: cuando el ala que tenía rota se cicatrizó al cabo, consagróse á la inocente ocupación de cantar alegremente. Ningún pensamiento le inquietaba; escogía á su gusto la yerba más tierna para alimentarse y saltaba de un lado á otro recorriendo un pequeño espacio de tierra, que á su parecer era un extenso y dilatado país. Cuando los rayos del sol le molestaban demasiado, guarecíase en cualquier agujerillo y allí seguía cantando. Ya un día encontró una cigarra, con la cual, sin voluntad suya, tuvo un altercado: tomó el prudente acuerdo de huir volviendo la espalda al enemigo, y no se avergonzó de su derrota: en otra ocasión tuvo también que huir delante de una langosta, que también le maltrató, y por último, al meterse una siesta en un agujero situado entre dos terrones, hallóse de manos á boca con un feroz alacran, á quien su presencia parecía no haber agradado. Este animal terrible, mucho mayor que él y armado de poderosas tenazas, dentadas como sierras, le sujetó entre ellas sin que el pobre grillo pudiera escapar. El alacran se preparaba á sacrificarle por mera crueldad, cuando el grillo se acordó á tiempo de quién era, y recurriendo á su único medio de salvación, se convirtió en larga culebra, que con un latigazo de su cola aplastó al perverso alacran, y luego se deslizó por el campo en graciosas ondulaciones. Así pasó alegremente el día, y cuando lle-

gó la noche buscó un abrigo en donde descansar. No le fué difícil hallarlo; el hueco que en su intermedio dejaban dos peñascos le sirvió de cómodo palacio, y durmiendo en él le sorprendió la luz del día.

Dedicóse luego la culebra á buscar algun nido de pájaros oculto entre la

yerba para proporcionarse un delicado almuerzo de huevos frescos. Muchas vueltas tuvo que dar, pero al fin la suerte le deparó un nido de perdiz con catorce huevos, que fué sorbiéndose uno por uno.

(Se continuará)



P. PEDRO MIGUEL DE HEREDIA.

(FILÓSOFO Y MÉDICO.)

Nació en Valladolid en el año de 1590 y llegó á ser primer médico del rey Felipe IV. Murió en Madrid en 1659. El crédito que logró en su profesion fué tan grande á consecuencia de su fortuna en el tratamiento de las enfermedades, que mucho ántes de ser llamado á la corte, se le reputaba por el médico más rico de toda España. En el primer tomo de sus obras, que fueron publicadas por Pedro Barca de Astorga y que contiene su *Tratado de calenturas*, sigue la doctrina de Avicena; pero en el segundo vuelve á la de Hipócrates.

Fué distinguidísimo escritor y grandemente estimado por su talento y nobles cualidades de carácter.